

## Mateo 6:1-6, 16-21

El domingo pasado escuchamos de cuando Jesús subió a un monte con tres de sus discípulos, cuando subió al monte de la transfiguración. Oímos de cómo, mientras Jesús fue transfigurado en su presencia, los discípulos vieron un vistazo de la gloria de Jesús. Pero también vieron la gloria que les esperaba a ellos y a todos los creyentes. Para ellos, aunque la subida fue difícil y cansada, el premio fue grande—una experiencia maravillosa.

Pronto, sin embargo, Jesús subiría al monte que se llama Calvario. En ese monte, en lugar de manifestar su gloria y poder, voluntariamente se humilló, y dio su vida por nosotros.

En la lectura del evangelio para esta noche, Jesús nos demuestra una actitud correcta con la cual uno debe subir los montes. En el espíritu verdadero de Calvario, subimos los montes empezando con la oración, colmados con el amor de Cristo, y confiados por su victoria.

Sabemos que Jesús ama a todos, a todo el mundo, pero no se deja engañar por nuestras travesuras. Él sabe que muchos prefieren evitar los montes, inclusive su monte de Calvario. Entiende que cuando muchas personas ven que la vida es difícil tratan de esconderse y tratan de dar la impresión que todo va bien, cuando en verdad no es así. Jesús también pensó en dejar que pasara la copa, tal como le dijo a su Padre cuando le pidió tres veces si sería posible no ir en el camino de la cruz. Más sin embargo, sí, fue a la cruz, porque sabía que era la voluntad del Padre. Y sabía que Dios juzga a los que fingen.

Jesús usó una palabra muy fuerte en nuestro evangelio de hoy. Usó la palabra “hipócrita.” Llamó a los que fingen su religiosidad “hipócritas.” La palabra viene del teatro antiguo de los griegos. Se usaba para hablar de un actor que hace su papel detrás de una cara falsa, una máscara.

Por eso Jesús nos exhorta a “guardarnos de hacer nuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos.” Debemos ser genuinos en la vida, no meramente actores. No debemos ser cristianos fingidos.

¿Se acuerdan de Ananías y Safira? Su generosidad les trajo un juicio rápido de Dios. Ellos trataron de dar la percepción, cuando vendieron una propiedad, que habían puesto toda la ganancia a los pies de los apóstoles. Pero en verdad se habían quedado con una parte para sí mismos.

Ahora, esto no fue el problema en sí. El problema no fue que se quedaron con una parte de la ganancia para sí mismos. Pero sí, había algo muy incorrecto en pretender que habían dado toda la ganancia. Su fin nos recuerda que fingidores, es decir, hipócritas, no pertenecen al cuerpo de Cristo.

El apóstol Pablo lo dijo así: “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gal. 6:7-8).

También sabemos que Dios en Cristo soportó la burla y la vergüenza. Cuando Jesús fue colgado en la cruz muchos pasaron tirándole insultos, meneando la cabeza y diciendo, “Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios.”

De la misma manera, los ancianos y maestros de la ley, que tenían la apariencia de ser muy religiosos, se burlaron de Jesús: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar.

Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora Dios si quiere” (Mat. 27).

Pero Jesús dijo, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:24).

Jesús soportó todo el sufrimiento para pagar por nuestros pecados. Él lo hizo por todos los fingidores del mundo, subiendo el monte de nuestra hipocresía. Recibió el castigo que merecemos nosotros, para que el Padre nos perdone. O, como dijo Pablo en nuestra epístola de hoy: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.”

Cuanto sentimos remordimiento porque hemos permitido que nuestra naturaleza pecadora guíe nuestros pensamientos, palabras y obras, la cruz de Cristo en el monte de Calvario asegura nuestros corazones de su gracia, y nos da poder de un espíritu recto para subir los montes de la vida.

El espíritu de Calvario que da Jesús comienza con una oración. “Cuando ores,” instruyó nuestro Señor, “no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas para ser vistos de los hombres . . . Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto. Y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará” (Mat. 6:5-6).

Recordad que mientras los fingidores se burlaban de Jesús, oró. El Salmo 22 estaba en su corazón y sus labios. En la cruz, Jesús habló las primeras palabras del Salmo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Y en su corazón continuó orando el Salmo que pide que Dios venga pronto a rescatar y liberar y salvar. Oró en confianza que Dios no escondiera su cara sino a que respondiera a su ruego para ayuda.

Mientras tú te enfrentas los montes que parecen difíciles de cruzar, empieza con la oración. Sabes que has sido perdonado por la cruz de Jesús. Ahora puedes pederle su apoyo y ayuda en tu situación particular. Este es el espíritu de Calvario que Jesús nos da.

En segundo lugar, somos llenados con amor. Jesús venció su gran ansiedad en el Jardín de Getsemaní con amor—con un amor que se fijó en obedecer al Padre y salvar a la humanidad.

Cuando Jesús fue arrestado, todavía apeló a Judas una vez más, llamándolo al arrepentimiento. “Mi amigo Judas, ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?” Cuando Pedro le quitó la oreja del sirviente del sumo sacerdote, Jesús respondió en amor a rectificar el error que hizo uno de sus seguidores. No tenía nada que ver con la fe del sirviente Malco. Jesús lo hizo por su gracia y amor sólo cuando sanó la oreja quitada del sirviente.

Es este mismo espíritu que Él nos da a nosotros por su gracia mientras subimos los montes de problemas y adversidad. Aquí vemos el espíritu que nos da para ayudarnos—amor que reemplace el odio, amor que rectifica las maldades.

Recordamos las palabras de Pablo, “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fue dado” (Rom. 5:5). Una nueva actitud, un nuevo espíritu, vence la angustia. El amor nos conquista. Lo que Jesús hizo nos da la posibilidad también de soportar los montes de esta vida.

Jesús sufrió la cruz con confianza por el gozo puesto delante de él, dice el escritor de Hebreos (12:2). Podemos confiar en la victoria final de Cristo. Como Dios te da confianza en la victoria final de Cristo sobre el pecado, la muerte y el diablo, y todo lo que te quiere devastar, Dios te ayudará a ascender los montes, es decir, vivir con los desafíos y retos y problemas de esta vida.

Este es el mensaje: Jesús ha subido el monte más difícil por nosotros. Hay una diferencia radical entre el Calvario y los montes que nosotros nos enfrentamos en la vida. Jesús subió a Calvario una vez por siempre, para que nosotros no tuviéramos que subir al monte de nuestra muerte a causa de nuestros pecados.

No nos hubiera sido posible por nosotros mismos. Nunca jamás pudiéramos haber sufrido suficientemente por nuestros pecados. Pero el Hijo perfecto e impecable de Dios dio su vida como el pago que no tiene precio, el sacrificio que pagó el precio de todos nuestros pecados.

Ahora tú puedes confrontar tus montes problemáticos con la seguridad de la victoria de Cristo por ti. No tienes que—y verdad nunca puede—subir a pagar por tus pecados. Cristo ya lo hizo. En el Monte de Calvario, en la cruz sangrienta, Jesús puso todos los otros montes en perspectiva. Comparado con el monte de Calvario, nuestros montes parecen muy pequeños. Reconcilió a toda la humanidad. Ahora, en este estado de reconciliación, podemos soportar los otros montes de la vida más pequeños por el Espíritu que nos da.

No lo hacemos a solas. Cristo está con nosotros, habilitándonos y fortaleciéndonos. Es Él que nos da la posibilidad de superar en toda situación en la vida.

En esta noche, mientras comenzamos esta estación de cuaresma, con lo que llamamos el miércoles de ceniza, de la práctica antigua de utilizar cenizas como señal de arrepentimiento, y mientras observamos esta estación penitencial, sabed que Jesús seguirá llenándoos con su Espíritu, por su palabra y sacramento, dándoos el verdadero espíritu para subir al monte.

Nos da el espíritu de oración, no como hipócrita buscando ser vistos como muy piadosos por los hombres, sino nos da el espíritu de la verdadera oración en la cual podemos acercarnos a Dios humildemente, con todos nuestros pecados perdonados, y con todas nuestras necesidades. Y nos da un espíritu de amor, el amor suyo que podemos reflejar en nuestras vidas. Y nos da el espíritu de confianza, la confianza que podemos tener en todo momento, sabiendo que somos reconciliados con Él y con él a nuestro lado no tenemos que temer nada.